

MIRADA SOBRE LA CULTURA: UN DIÁLOGO ENTRE MARIO BRICEÑO-IRAGORRY Y DOMINGO MILIANI

Rubio Bastidas, Yesica Andreina*
Universidad de los Andes
Venezuela

Resumen

La literatura es el espacio de la vida humana, donde se expresa el pensamiento y las acciones del ser, es el medio donde la imaginación se libera elevando el espíritu hacia la creación de mundos posibles. El texto es la apertura de un símbolo que se abre a otros medios para cumplir su función dialógica y continuar produciendo sentido en el espacio cultural, En tal sentido, la cultura y el mundo como espacio semiótico se encuentran condensados en el texto sirviendo de memoria para un colectivo que se hace parte de sí mismo y del mundo como organismo operante en la estructura funcional de la semiosfera. El ensayo como discurso de alto valor semántico y semiótico nos acerca al mundo mediante la memoria, sirviendo como puente entre el pasado y el presente, para orientar a las colectividades sobre los acontecimientos históricos-culturales que sirven de sustento para las generaciones siguientes. En el presente estudio abordaremos el discurso ensayístico *la Hora Undécima* de Mario Briceño-Iragorrry y *País de Lotófagos* de Domingo Miliani en su función dialógica con el mundo que sirve como máxima expresión del pensamiento y se convierte en memoria cultural dentro del espacio circundante.

Palabras Clave: Literatura, Texto, Cultura, Memoria, y pensamiento.

Abstract

The literature is the space of the human life, where one expresses the thought and the actions of the being, is the way where the imagination is liberated raising the spirit towards the creation of possible worlds. The text is the opening of a symbol that is opened for other means to fulfill his function dialógica and to continue producing sense in the cultural space, To this respect, the culture and the world like space semiótico are condensed in the text using as memory for a group that does part to itself of yes same and of the world as operating organism in the functional structure of the semiosfera. The test like speech of high semantic value and semiótico it brings us over to the world by means of the memory, serving as bridge between the past and the present, To orientate to the collectivities on the historical - cultural events that use as sustenance for the following generations. In the present study we will approach the speech ensayístico the Hour Undécima de Mario Briceño-Iragorrry and Country of Domingo Miliani's Lotófagos in his function dialógica with the world that serves as maximum expression of the thought and turns into cultural memory inside the surrounding space.

Key words: Literature, Text, Culture, Memory, and thought.

*Licenciada en Castellano y Literatura de la Universidad de los Andes-Trujillo.
E-mail: yessica_122@hotmail.com

Finalizado: Carvajal, Septiembre-2012 / Revisado: Noviembre-2012 / Aceptado: Enero-2013

El pensamiento Liberalista-Romántico

El Liberalismo Romántico, es el pensamiento que instaura los valores morales de respeto, solidaridad y amor a la patria, como recursos fundamentales para preservar la identidad nacional. Su idea renovadora guarda la imagen del pasado como un símbolo cultural permanente en el tiempo que da sentido a la colectividad. Así mismo, lo destaca Hernández: “El Liberalismo Romántico es una vuelta a los orígenes, una mirada a las raíces fundacionales de la patria” (1993, p.99), donde el individuo puede mirarse y decirse con libertad impulsado hacia la reflexión de los hechos que le narran y le constituyen como partícipe dentro de la sociedad.

Así, renace en Latinoamérica un pensamiento que vivifica el espíritu de la colectividad, porque: “El Liberalismo es la afirmación dialéctica del hombre en su doble faceta individual y social”¹ (Hernández, 1993,p.99), el Yo del discurso se desdobra en un nosotros mostrando la voz del espíritu como acto creador. Entonces, la expresión liberalista se convierte en una voz colectivizada instalada para la cultura como espacio sígnico que representa la realidad de determinada cultura.

En Latinoamérica el discurso Liberalista-Romántico expresa características que distinguen la comunidad hispanohablante, en dicha escritura, encontramos razones de orden geográfico, histórico y moral en diferencia con respecto a los otros continentes. América Latina, es el espacio semiótico comprometido en el texto, “Ésto hace acentuar el carácter absoluto de la línea con que la esfera dada está contorneada” (Lotman, 1996 p. 28). El carácter semiótico de la escritura, es el modo particular de decirnos ante los demás, la forma de acentuar nuestra propia identidad y reconocer el espacio como un lugar de pertenencia.

¹ Isidoro Requena citado por Hernández en su libro Mario Briceño-Iragorry *Artesano de la Escritura*, 1993.

El discurso delimita el espacio semiótico, y crea un sistema de representación de la cultura, que hace posible el autorreconocimiento de los hombres ante lo expuesto, por ende, el texto se encuentra enmarcado dentro de un contexto dado, evidenciando su propia especificidad con respecto a otras esferas.

El discurso Liberalista-Romántico, muestra la particularidad de Latinoamérica como espacio semiótico, marcando su propia homogeneidad e individualidad interna que le separan de otros espacios *extrasemióticos*². este carácter específico del discurso delimita el espacio de América Latina como una semiosfera particular, que establece sus propias reglas de traducción gracias a lo que Lotman llama *frontera semiótica*³.

En este sentido, el Liberalismo Romántico, es la expresión que irrumpe en la cotidianidad mostrando sus propias particularidades históricas y culturales, que nos identifican y diferencian con respecto a los otros. A propósito de esto Hernández señala:

La filosofía liberalista parte de los indios, criollos, y mestizos, de los horrores de la servidumbre para poder superar esa condición, sumando esfuerzos para anular lo indeseable del pasado colonial; pero partiendo de él mismo y no ignorando su existencia (1993, p.95).

Es el modo de decirse partiendo de la propia interioridad, desde las raíces históricas que muestran la razón de ser de la cultura. De este modo, la expresión liberalista es un acto semiótico que realiza la lectura particular de Latinoamérica, dichos textos representa un espacio cultural específico marcado por características individuales que “conceptúan y organizan la particular esfera semiótica Latinoamericana” (Briceño, 2012, p.75).

² Según Lotman los espacios extrasemióticos son aquellos que se “halla fuera de la semiosfera dada” (1996:24).

³ “La frontera es un mecanismo bilingüe que traduce los mensajes externos al lenguaje interno de la semiosfera y a la inversa.” (Lotman, 1996:26).

La filosofía liberalista, revaloriza el espacio Latinoamericano, a partir de las acciones, pensamientos y hechos que destacan el recorrido histórico-cultural. De un modo especial, el discurso conserva la imagen del pasado como punto de partida para un próximo futuro, así, la escritura se convierte en un acto renovador que crea y recrea mediante el pasado para ser reinterpretado y expuesto al auditorio, esta praxis semiótica conlleva la capacidad de autorrenovación del texto y la posición dialógica con el mundo.

El discurso liberalista-romántico vivifica el espacio latinoamericano desde su propia interioridad, es decir, retoma la memoria del pasado como símbolo de identidad cultural, conservando el valor de la historia y la esencia de ser contada y recontada una y otra vez a través de diferentes visiones.

Mediante la lectura incesante de ese pasado que le identifica; Mario Briceño-Iragorry, se reencuentra con sus propios orígenes, es la manera de decirse y reencontrarse consigo mismo, hasta expresar por medio de la palabra los signos culturales que le hacen parte de un colectivo. En correlación, ingresa Domingo Miliani como lector del gran pensador humanista, y ambos crean y recrean la realidad a partir de los principios morales que le sujetan al estudio de la cultura y por ende, al pasado histórico.

El hombre surge como un ser esencial, portador de una condición humana antítesis del materialismo utilitarismo como es la moral, lo cual transfigura el hombre en ser ético dándose la himbricación de lo ético en lo estético que es producida por una conciencia de la moral (Hernández, 1993, p.95).

Es el ser que toma conciencia de su especificidad, del deber moral que le compromete para el servicio, liberándose de la condición humana del Yo y desplazándose a un nosotros. Por ende, la expresión se convierte en una voz particularizada del espíritu, que libera el pensamiento hacia la construcción de ideas

que solidifiquen la cultura y orienten a la colectividad.

De esta manera, el Liberalismo-Romántico, es la voz de una conciencia reflexiva, que expone a América Latina como espacio de significación, para valorizar lo autóctono y dar sentido a la cultura en el orden universal. La expresión guarda el hecho histórico-cultural, como símbolo de identidad para permanecer en el tiempo y dialogar con el mundo. El texto es la memoria de la cultura expuesta al público lector para ser interpretada en cada lectura.

Solidaridad Intelectual

La acción humana refleja la búsqueda del ser hacia la realización de sus facultades espirituales e intelectuales que le permiten relacionarse y compartir los conocimientos y experiencias adquiridas a lo largo de la vida; gracias a la comunicación esto es posible. Por lo tanto, al hablar de solidaridad es necesario asociar dicho término al pensamiento y acción del hombre, donde el sujeto mediante el acto comunicativo expresa ideas que sirvan de cimiento para fortalecer el pensamiento.

La solidaridad intelectual del hombre, lleva impreso el valor moral y ético del ser hacia el mundo, busca la manera idónea de romper los límites que impone determinada cultura para mostrar una nueva forma de comunicar, es el deseo inmenso de la conciencia por hacer volar el pensamiento y mostrar nuevas ideas que permitan el arraigo y la identificación con los que nos pertenece.

Así, la escritura al volverse eco del pensamiento es un factor intelectual permanente en el tiempo. Siendo humana la expresión se convierte muchas veces en el motor de determinado sistema, en la consigna de muchas instituciones, pero, sobre todo, en una memoria viva que habita los senderos de la cultura y nutre al colectivo hacia la formación constante.

La escritura como expresión solidaria, rompe con los deseos del yo y trasciende

para convertirse en memoria colectiva, de este modo lo expresa Briceño-Iragorry: “humildemente, sin pretender ser dioses podemos conquistar instrumentos que nos aseguren el éxito de los valores que dan dimensión cabal a nuestro humano destino” (1999, p.237). Es la expresión que concientiza sobrepasando los límites de la materia y el tiempo para orientar al hombre sobre los hechos e inquietudes que invaden el pensamiento.

Años después Domingo Miliani lo afirma: “no era necesario ser oráculo. Le bastó mantener despierta su conciencia histórica. Y al leer sus mensajes escritos mucho antes de 1958, pareciera ser pensado y expresado esta mañana. (1992, p.21) Aún cuando el tiempo transcurre, la escritura es un factor permanente en él, busca sus propios destinos y no tiene límites, porque cada lectura es una nueva interpretación que genera nuevos sentidos.

Frente a una cultura que busca los beneficios propios, se presenta una fuerza renovadora y crítica, en diálogo abierto con la tradición y la historia que sobrepasa los límites para permanecer en el tiempo. El sentido por lo autóctono, el amor a la patria y un compromiso con el colectivo, muestran el deber de servir a los intereses de la patria para reafirmar sobre ello las bases que solidifiquen la estabilidad nacional.

En los ensayos *La hora undécima* y *País de lotófagos*, se evidencia la acción del hombre como artífice cultural que busca el diálogo social e histórico, con la finalidad de preservar los valores morales de la nación. En esta escritura encontramos la capacidad de mirarse con libertad y, al mismo tiempo, la capacidad de decirse con profundidad, son dos rasgos comunes que conforman la crítica al olvido de signos fundamentales para lograr construir nuestro “primer piso”:

(...) la amnesia histórica, el olvido de la patria, los vientos dañosos que empujan al desdén de lo nuestro, han sido, junto con el azar constantes alimentadas por invisibles comensales a cuya mesa

umentan cada día, enloquecidos, los afanosos de una riqueza medrada en el asalto y la indiferencia (Miliani, 1992, p.19).

Es la palabra angustiada que se enfrenta de manera consciente a la realidad, rompiendo el pensamiento que conlleva al deterioro amnésico y logrando bajo la reflexión la salida cabal a nuestro destino social.

La escritura es la expresión libre de la conciencia, que traspasa los límites del tiempo y se convierte en un signo perdurable dentro del espacio circundante. Bajo una conciencia intranquila Domingo Miliani expresa “En nosotros hay un desafío permanente por restituir al intelectual el peso moral sobre la sociedad, por rescatar el respeto a la voz que puede elevarse sin temores porque no se halla asordada en la compraventa de la conciencia” (2003, p46). La expresión es la única forma de sustituir el miedo, de romper los ligámenes sociales que despiertan una actitud sumisa, para crear por medio de la palabra un espacio crítico que libera el pensamiento y da carácter a la personalidad.

Comprender/entender la cultura es reconocerse a sí mismo, como signo social; saberse parte de la dinámica que convierte la partícula en elemento necesario del complemento. Mario Briceño-Iragorry y Domingo Miliani, como parte de la sociedad venezolana, son memorias vivas que representan tanto la diversidad como la heterogeneidad de la cultura, sus textos son un mecanismo semiótico que va desde lo particular hacia lo general, encontrando en sus propias raíces las bases y fundamentos que dan sustento al desarrollo del hombre en la sociedad.

Un verdadero intelectual, es el que lucha incansablemente por los deseos del ser, buscando ir más allá del tiempo para establecer un vínculo entre el hombre como ser sintiente y el hombre como ser ante la patria. Es Mario Briceño -Iragorry y Domingo Miliani, la pluma que traspasa los límites y se convierte en luz para el mundo. A partir

de la realidad y con afán desdeñado, ambos con trazos delineados y con estética brillante, escriben sobre y para la cultura, reclamando a gritos el sentido de pertenencia que hace libre a la conciencia.

Destaca Don Mario “Alma, espíritus, inteligencias en pleno goce de su dimensión humana, pide, también, la ciudad terrestre como fin de toda organización social” (1999, p.239). La facultad del hombre bueno, del intelectual dispuesto a defender los intereses de un colectivo como si fuesen sus propios beneficios, es la calidad de un espíritu engraciado por la libertad y la solidaridad, que busca en la exterioridad la realización del ejercicio moral como práctica humana.

En este sentido, el hombre intelectual es el artífice de la palabra, que cuida la memoria del pasado y cultiva el espíritu libre que orienta a las colectividades. Es un poeta de la vida en cuya escritura encontramos la esencia de la libertad, y el deber de servir a los intereses de la patria; la solidaria expresión que rompe con los deseos del yo, y se convierte en eco para el mundo.

Nacionalidad y Espiritualidad

Espiritualidad y nacionalidad son dos características determinantes en la escritura de Mario Briceño-Iragorry y Domingo Miliani, guardando la imagen de la cultura, la escritura se convierte en la expresión del ser, que trasciende mediante la memoria y encuentra su realización en el público lector. Así mismo, ambos autores abordan la realidad de Venezuela como un problema social y nacional que compromete toda la actividad moral del hombre venezolano.

Bajo el pensamiento humanista, y la concepción de nacionalidad, se despierta el espíritu del pueblo para vislumbrar las grandes inquietudes y deseos del ser: “Ya he asentado que ser Venezolano no es ser alegre vendedor de hierro y de petróleo (...) ser Venezolano implica un rango histórico de calidad irrenunciable” (Briceño, 1999, p.210), la calidad de un hombre bueno dispuesto a

sentir y respetar los valores en el orden ético, moral e intelectual. La imagen de un espacio añorado, el cultivo de la palabra, el cuidado de los valores patrimoniales y el deseo ferviente por llegar a un colectivo, forman el primer piso que necesita la cultura para retornar nuevamente a la patria.

“El examen de la crisis que padece nuestro pueblo pocos dan la debida importancia a la abolición casi absoluta de la reacción de tipo moral” (Briceño, 1999, p.206). La percepción de espacio y nacionalidad produce un ordenamiento simbólico de la realidad, quedando abierto a la interpretación y la reacción del hombre como ente social. Entonces la escritura se convierte en el eco del espíritu, que guarda la lectura particular de la realidad a partir de la visión propia como toma de conciencia.

La lectura es la expresión de un pensamiento en diálogo abierto con la cultura y con el mundo. Así “entre el texto y el auditorio se constituye una relación que no se caracteriza por una recepción pasiva, sino que tiene naturaleza de diálogo” (Lotman, 1996, p.111). Esto nos hace entender cómo el texto tiene la capacidad de transformar, ampliar, reconstruir y generar nuevos sentidos, que no desaparecen, por el contrario, crecen y se hacen cada vez más complejos.

La lectura muestra el carácter renovador de la escritura, que, sin perder su esencia, se convierte en el espíritu de un pueblo sobrepasando los límites de caducidad para perpetuarse en el tiempo. Mario Briceño-Iragorry, bajo un espíritu humanista, antepone los valores morales como premisa fundamental para formar el primer piso que necesita la cultura, sin perder vigencia entra en correlación a él Domingo Miliani quien afirma “bajo la historia cotidiana, ha caminado el azar. La historia no le permite emerger. Sigue ahí, debajo implacable. Nos ha regido en episodios crueles o hilarantes” (1992, p.15). Ante tal posición corresponde la lectura de un país que con “Amnesia Histórica” y “el olvido de la patria” se ha dejado manipular

por los espíritus dañosos de la política y la falsa palabrería que dejan en manos del azar nuestro destino.

Este tipo de escritura, muestra la esencia de lo nacional, el espíritu de un pueblo que se convierte en la expresión de un colectivo y se proyecta hacia el futuro por el carácter renovador del espacio que nos afecta. Es el modo positivo de valorar lo autóctono, para abrir otros camino hacia la interpretación y la reflexión de los hechos que como decía San Agustín, Hegel y posteriormente Mario Briceño-Iragorry “la facultad de tomar conciencia es un privilegio del espíritu” (1999, p.234) un sentimiento del ser ante el mundo, donde el individuo se encuentra consigo mismo y con los demás buscando en la exterioridad el desarrollo de su potencialidad y debilidades; es la auténtica personalidad que se libera de un yo y se convierte en la manifestación de un colectivo,

En este sentido, el pensamiento, es el modo de orientar y dirigir de manera consciente a la nación, ejerciendo un diálogo entre el ser y el mundo que genera sentido y da vida al texto. Porque el texto es un pensamiento vivo que configura y restaura a la cultura por el movimiento incesante de la lectura, esta dinámica semiótica conduce a que muchos de ellos cobren sentido en la actualidad para trascender en el tiempo.

La universidad como formadora de sentido

El pensamiento como fuerza viva moviliza el espíritu hacia una continua libertad, promoviendo la participación, la enseñanza y el aprendizaje como único antídoto para aprender a pensar y no para callar la conciencia. En este sentido, la universidad es un pilar fundamental dentro de la cultura, porque cumple el papel de formar hombres libres y pensantes que vivifiquen el espíritu de la nación, mediante la expresión libre y respetuosa del pensamiento.

Como lo plantea Briceño-Iragorry, el fin de la universidad “es juntar y moldear

hombres más que fabricar profesionales” (1999, p.204). Este deber tiende a la tarea constante de formar seres comprometidos con el espacio que los identifica, porque sólo así podrán ser sensibilizados contra lo que afecte a los intereses patrimoniales. La universidad como “Alma Mater” es formadora de espíritu, en ella se encuba los valores personales y patrimoniales como ordenamientos positivos que solidifican la sociedad. Es un espacio de bondad y solidaridad que mira la acción del hombre en su integridad, el hombre en convivencia con el entorno y el hombre en su propio desarrollo intelectual, es una manera de equilibrar la acción humana del hombre bueno y del ser intelectual, buscando una conducta que reclame tanto los intereses propios como los de un colectivo.

Hoy por hoy la universidad reclama “hombres buenos”, hombres íntegros que marquen la diferencia a través de la práctica, que el ejercicio no sea para agradar al otro, sino que con expresión de humildad y solidaridad se sienta la verdadera esencia de ser llamados “Universitas”, que en materia de política, economía y nación sean los valores morales la única herramienta para no asumir una conducta sumisa.

Como espacio simbólico/representativo la universidad es el lugar para pensar y reflexionar, donde el individuo encuentra la forma idónea de elevar el espíritu así como el pensamiento, mediante la participación en la crítica-reflexiva. Bajo esta nueva visión el hombre deja atrás sus miedos y se enfrenta de manera consciente a los problemas de la sociedad, para servir como ductor al colectivo hasta alcanzar con madurez y responsabilidad la esencia de la autentica libertad. Es el ser en acción consciente que con opinión propia orienta la sociedad al cumplimiento de sus deberes morales e intelectuales para no permitir “el improvisar y el apostar nuestro destino colectivo” (Miliani, 1992, p.16).

Ante esta situación, el régimen escolar debe establecer en los centros educativos, conexiones lógicas entre el individuo como

ser espiritual y como ser racional, tomando fundamento en los valores morales que arbitran la personalidad del ser, para concederle una posición íntegra y crítica ante lo impuesto por la sociedad. “Al joven venezolano, (...) corresponde realizar un esfuerzo ciclópeo para poder instalarse en el plano de la responsabilidad que le incumbe en el orden de la cultura” (Briceño, 1999, p.210).

Cuando Briceño-Iragorry habla de la universidad y de la posición del joven venezolano, aborda un problema social desde la raíz, era necesario reconocer que toda cultura necesita un primer piso para establecer las bases que solidifiquen a la sociedad. Considera la universidad el punto de partida para dar forma y sentido a la cultura, porque es ésta que cumple el deber de formar, orientar e influir en el desarrollo la personalidad “más que fórmulas y medios de ganar la carrera de la influencia, los jóvenes necesitan instrumentos espirituales que le ayuden a resistir el mal poder” (1999, p.209). Un poder que termina decapitando el pensamiento para no “corregir los reverses del ayer ni en lo material, ni en lo espiritual, porque pertenecen a la administración anterior” (Miliani, 1992, p.16).

La mala praxis tanto en el área política, económica y social debilita el pensamiento humano, dejando sin esperanza a las generaciones del futuro, la forma más vil y egoísta de orientar a la sociedad. La esencia de la universidad más que fabricar profesionales, es desarrollar la personalidad y el pensamiento crítico del joven, destinado a suplir el agotamiento mental de quienes toman por ejercicio la manipulación y el ocio.

Identidad y nacionalidad

Semióticamente la cultura se encuentra estructuralmente organizada y definida por sus características particulares, estas la describe, la especifica y la acentúa con un carácter propio que la hace indefinible fuera de sí misma. El espacio de la cultura, es un lugar con determinados vínculos sociales

entre sí, como son: costumbres, ideologías, tradiciones, pensamientos y valores, todos ellos representan características intrínsecas que poseen los individuos de determinada colectividad, permitiéndole reconocerse como miembros dentro del espacio circundante y haciéndolos semejantes al otro por el carácter nacional que le da una modesta posición de miembro y partícipe dentro de la cultura.

Mario Briceño-Iragorry y Domingo Miliani, como parte del grupo nacional al cual pertenecen, mantienen despierta la conciencia tanto humanista como nacionalista, bastó con tener bien arraigado el valor patrimonial tanto como la memoria histórica, para hacer saber a un colectivo la necesidad de liberar el pensamiento hacia la construcción de nuevas ideas que permitan solidificar las bases de la cultura.

El amor a la patria representa un valor indiscutible dentro de sus pensamientos, era necesario reflexionar sobre la “crisis de pueblo” que venía padeciendo la sociedad, para hacer sentir a un colectivo el poder de identidad y nacionalidad que mantiene despierta su conciencia: “sin que los hombres tomen conciencia de sí mismo, no llegarán al cumplimiento de su destino” (Briceño, 1999, p.234). Era preciso emprender la jornada que permitiera el fortalecimiento de la cultura para no adoptar una posición sumisa ante lo que afecta a la sociedad.

La identificación con el espacio tanto en el carácter social como espiritual, da significatividad a las producciones textuales; tomando como símbolo de expresión la identidad nacional, ambos autores reconocen en el espacio afectivizado un signo de labor intelectual, que representa un valor indiscutible en el orden moral e histórico. Por ello, la cultura es el lugar donde habita la memoria del pasado y del presente, es la “memoria común” (Lotman, 1996, p.111) que identifica y se proyecta hacia el futuro por su carácter renovador, sin perder su esencia ni desaparecer la memoria se va fraguando en el espíritu de la sociedad a

partir de los dispositivos de significación, es decir, los diferentes textos que configuran y se “archivan” en el gran mundo cultural llamado por el mismo Lotman “semiosfera”.⁴

El proceso de formación de conciencia considera el espacio de la memoria, el lugar donde los ciudadanos encuentran sus particularidades y por ende, su identificación, “tiempo y espacio se acoplan para estructurar la constante por donde las diversas colectividades adquieren rasgos de personalidad nacional” (Briceño, 1999, p.186).

Según Briceño-Iragorry, dicha personalidad adquiere rasgos peculiares que le dan un carácter identitario dentro de la nación, implicando un valor humano irrenunciable en el cual se fijan los deberes sociales del ser con respecto a su desempeño en la sociedad. Un papel básico es el proceso de formación humana en el cual juega una posición fundamental tanto la educación, como las tradiciones familiares, comunitarias, culturales y religiosas.

La internalización de los valores y tradiciones que caracterizan determinado espacio cultural, hacen del proceso de formación de conciencia un elemento emocional que permite la construcción de identidad, porque está dirigido a cumplir la función moralizante donde se reconoce los valores que son comunes dentro del conglomerado nacional.

Tomar conciencia de sí mismo en el sentido semiótico-cultural, significa tomar conciencia de la propia especificidad, de la propia contraposición a otras esferas. Esto hace acentuar el carácter absoluto de la línea con que la esfera dada está contorneada (Lotman, 1996, p.28).

La identificación de estas esferas y contornos en el contexto cultural, delimita

4 Semiosfera: es el espacio semiótico fuera del cual es imposible la existencia de la semiosis. (Lotman, 1996, p.22). Es decir, el espacio en el cual convergen un conjunto de signos y símbolos semióticos interrelacionados entre sí, para dar mayor sistematización a la semiótica de la cultura.

el espacio semiótico y marca su propia especificidad de un modo particular, en tanto que existe una apropiación del ser que le acerca como memoria con respecto a otros.

Los Maestros

La dimensión de la personalidad, alcanza su realización en el ejercicio pleno de una conducta honorable mancomunada por la responsabilidad y la solidaridad. Entre los factores que caracterizan la condición humana está el conocimiento como servicio para dirigir el pensamiento hacia la perfección espiritual. Cultivar el espíritu es la forma más idónea para romper con el miedo asfixiante que impone una conducta sumisa ante los problemas de la sociedad.

Cabe utilizar la palabra maestro, para definir la conducta honorable de quien tomó el mayor esfuerzo en dirigir la conciencia de la sociedad. En Mario Briceño Iragorry está fraguado el espíritu de un pueblo que acaricia la esperanza de un nuevo proceso encaminado a la valoración de lo autóctono. La constancia y la dedicación es el único propósito para servir a los alcances autonómicos de la auténtica personalidad.

El carácter humanista y la posición de servicio que perfilan la vida y el pensamiento de Briceño-Iragorry “supone un marco exterior de desplazamiento” (1999, p.18), donde la realización del ejercicio encuentre las principales herramientas que den base y fundamento para cambiar la conducta caótica de la realidad venezolana. La actitud vigilante y el poder de su escritura, muestra la larga experiencia laboral en los quehaceres de la historia de un pueblo. El gran rapsoda le llama Domingo Miliani para adjetivarle por su amor a la patria, reconociendo en la escritura la restauración de los valores que despiertan la conciencia de un colectivo.

En semejanza a la gran parábola homérica Domingo Miliani muestra a Mario Briceño-Iragorry, como el hombre que lucha incansablemente por “despertar una conciencia defensiva y reflexiva de la

nacionalidad” (1992, p.20). Habla del hombre que con trazo firme y posición respetuosa, cumple su deber moral como miembro y partícipe de la colectividad.

Mario Briceño-Iragorry, afirma que “buena escuela es el dolor para el pulimento de la personalidad. Tanto para el hombre en función personal como para la comunidad en función pública” (1999, p.209). Sabía nuestro Maestro que quien padece el dolor se hace fuerte ante las dificultades y por ende, encuentra las herramientas para salir y orientar a los otros en el transitar de la vida. Seguramente Iragorry pensaba que, advertir los problemas que venían padeciendo la nación era unos de los mejores legados para el público lector, sin delimitar su escritura se pronosticó en el tiempo y aun hasta nuestros días continúa en vigencia.

Su pensamiento terminó siendo consigna y respaldo para la comunidad venezolana, aún el espíritu conservador de sus principios humanos y religiosos dan sentido a la colectividad, ayudando que el pasado sea revalorizado mediante la reinterpretación de los hechos. Cuando los grandes eventos educativos y culturales, se encuentran precedido por la memoria de Mario Briceño-Iragorry, se iluminan las mentes y los conventículos se llenan de nuevas esperanzas, porque seguramente hay un nuevo pensamiento que aflora y hace crecer la comunidad intelectual. Sin ser Mago, pero con auge mágico continúa siendo el espíritu vivo y vivificante que motiva a la comunidad a la continuación de su pensamiento.

Como alumno, y continuador creativo del pensamiento de Mario Briceño-Iragorry, Domingo Miliani reconoce en la escritura de Don Mario, la firmeza y la fuerza para mantener despierta el amor a la patria y el sentido de identidad latinoamericana y venezolana, en ocasiones afirma que al igual que Ulises Mario Briceño-Iragorry “vivió empeñado en despertarnos del espejismo a fuerza de repetir un llamado a la conciencia histórica” (1992, p.20). Representa el pensamiento

briceñiano el símbolo de heroicidad trujillana, venezolana, y latinoamericana que parte desde el terruño, “la patria chica” hasta alcanzar su propio sentido de nacionalidad.

Briceño-Iragorry es un intelectual auténtico, que siempre regresa a sus propias raíces para encontrar en ella la esencia de ser llamado ciudadano. Así mismo, enseñó el valor de lo nacional como antídoto para mantener despierta la conciencia de pueblo, “nos enseñaba el viejo. Tomábamos conciencia de nacionalidad. Entendíamos el precio moral muy alto que pagan los pueblos cuando pierden el sentido de la tradición” (Miliani, 2003, p.40). Entendía éste que el joven debía ser enseñado para el ejercicio, aprender a leer, aprender a reflexionar pero sobre todo a participar en la crítica que compromete la integridad de la nación.

Era y es Don Mario el MAESTRO que “marchó desde el fuego del hogar a encender la llama que permite mirar más allá: hacia el mundo” (Miliani, 2003, p.96). La llama de un espíritu que alimenta la humanidad y que cultiva la semilla para la vida y la hospitalidad. Solidaria actitud, la adquirida por nuestro gran maestro que con afán desdenoso y arduo trabajo, dejó en sus memorias textuales la práctica del deber y las herramientas para emprender la gran labor diaria, la enseñanza-aprendizaje.

Ya hemos hablado del papel del maestro, ahora corresponde hablar del papel del alumno, también maestro que se mantuvo despierto ante lo que le correspondía en la sociedad. Domingo Miliani conservó el espíritu humanista legado por su tutor, estuvo atento a la escritura, a su labor como ciudadano. En este momento le correspondía un nuevo periodo que debía enfrentar con actitud recia y firme, era el carácter de un hombre dispuesto a cumplir el deber social que le había mantenido despierta la conciencia, la herencia admitida como único antídoto de reflexión y de recordatorio de las tradiciones y valores del pasado.

Al igual que Don Mario, Miliani fue un luchador incansable de las ideas progresistas del intelectual, sabía que el verdadero intelectual es el hombre comprometido tanto moral como espiritualmente con el espacio que le afecta. Algunas de sus ideas un tanto pesimistas pero, en el sentido oportuno, caracterizadas por la preocupación y la angustia de ver un país dedicado al desgaste material y al consumismo se hacen oportunas para mantener despierta la llama del espíritu que le había vivificado en tiempos de su juventud.

En determinadas ocasiones apuntó que Venezuela vivía horas de angustias, “pero estimo que Venezuela vive horas en que nuestra sociedad grita un llamado a la responsabilidad combativa y crítica” (Miliani, 1988, p.26). Declaró y terminó afirmando, que era hora de una crítica reflexiva para hacer despertar a un colectivo hipnotizado por la “lotofagia” comercial hasta introducirlo en el examen consciente de la realidad que vive la sociedad.

Sin perder la visión de lo pretendido, Domingo Miliani plantea una teoría de lo venezolano que reafirma su condición indesviable, del hombre ilustre que restituye los reveses del ayer en la escritura “cuando yo he hecho crítica literaria, he partido siempre del principio de que así como se está leyendo el texto, uno se está leyendo en ese texto, algo de uno se lee allí. Es como mirarse en un espejo, en cierta forma vivencial, intelectual y emocional...” (2003, p.167).

El pensamiento hecho discurso compromete al hombre tanto intelectual como moralmente, decirse en el texto es afirmar que la lectura es una configuración del mundo, donde está presente la acción humana. La escritura es la afirmación de los deseos del ser, buscando su realización en una exterioridad que la comprende y le da sentido mediante la interpretación y la visión crítica.

El carácter humanista y el desempeño intelectual afirman el compromiso asumido

tanto por Briceño-Iragorri como por Domingo Miliani, siendo diverso el pensamiento se condensa en un mismo sentir; la patria, la nación y la ciudad como espíritu que condensa los aprendizajes esenciales que dan sentido y valor a la vida humana: El amor, la solidaridad, el respeto y la dignidad.

El pensamiento como excusa

En reiteradas ocasiones afirma Briceño-Iragorri que el pensamiento de Bolívar ha sido corona y estandarte de muchos gobiernos, pero no ha mantenido la perdurabilidad de los valores de igualdad que definen la conducta del hombre en la sociedad. El hombre bueno, como le he apuntado anteriormente es el hombre que define la conducta por su actitud recia y respetuosa en la sociedad, quien da sentido a la vida por su carácter humanista convirtiendo su servicio en beneficio de un colectivo.

El pensamiento de Bolívar como lo apunta Mario Briceño-Iragorri ha sido y continua siendo una excusa para quienes se dan el lujo del lucro como mera recompensa del artificio político. Soberana actitud para quienes se mantiene en la indiferencia y en la presuntuosa condición de ciudadanos de la patria, olvidan los hombres que “Bolívar se sentía animado por un indesviable propósito de servicio. (...) servir a la causa de la libertad y de la dignidad del hombre” (Briceño, 1999, p.221).

La condición humana, es la legitimidad de un ser espiritual, comprometido consigo mismo y con el colectivo, actitud irrefutable que sin romper los ligámenes sociales, conlleva al respeto y la práctica del deber como conducta honorable de solidaridad, Bolívar sin prever el maltrato que le harían a su pensamiento dejó en ellas impreso el valor humano y la condición espiritual de un verdadero ciudadano.

Tiempo después Briceño-Iragorri retoma el pensamiento de Bolívar como elemento fundamental para rescatar los valores patrimoniales que constituyen la cultura.

Sabía Don Mario que Bolívar era símbolo de heroicidad y humildad en el territorio Americano, aun cuando la colectividad no entendiese el valor moral que inflige este a la sociedad. Es Bolívar signo de dignidad nacional que guarda la palabra para el mundo y conserva el pensamiento de libertad como espíritu vivo de la nación.

La cultura, reclama para sí misma la perpetuación de la palabra, la construcción productiva del pensamiento que guarde en el tiempo los valores humanos con el sentido autonómico para dirigir la conciencia nacional. De este modo, Briceño-Iragorry y Domingo Miliani conservan el espíritu de dignidad legado por Bolívar, para mantener despierta la ansiada labor de la escritura. La palabra es la hidalguía de quienes al igual que el Quijote se mantienen despiertos para continuar la gran batalla de la libertad. Libertad no como amedramento al otro sino “una libertad que existe en tanto que se realiza en una exterioridad circundante” (Briceño, 1999, p.196).

El verdadero espíritu de la libertad consiste en proyectarse al público con el sentido altruista de solidaridad y respeto, manteniendo despierto el pensamiento humano hacia la participación y la verdad, es “el espíritu de indesviable sacrificio y el propósito permanente de servir a la causa del hombre libre” (Briceño, 1999, p.218). En reiteradas ocasiones apunta Briceño-Iragorry que la libertad da sentido a la comunidad, es el modo preciso de manifestar un pensamiento y junto con ello respetar las condiciones y posiciones de los otros. Este es un valor humano indiscutible, cuyo carácter manifiesta la posición autonómica del ser ante el mundo.

“La fácil palabrería del ataque inútil” (Briceño, 1999, p.210). Ha sido trabajo de quienes buscan con la escritura la manipulación y el engaño, terminando en romper los estrechos lazos que vincula la acción del hombre en el ejercicio del servicio. Por ende, nos hemos construido con la palabra fácil un destino fácil donde no se corrigen

“los reveses del ayer, ni en lo material ni en lo espiritual, porque pertenecen a la administración anterior” (Miliani, 1992, p.16). Honesta posición para terminar el vínculo que nos une con el pasado y que nos hace crecer sin primer piso.

La desvalorización de lo autóctono, nos ha llevado al olvido, ha montado al aire el edificio cultural y desventuradamente nos lleva en una aventura del viaje sin retorno. “Mientras en Venezuela no se modifique esta manera de mirar la relación intrasocial, proseguirá impertérrito el reinado de la arbitrariedad y de la angustia” (Briceño, 1999, p.203). Es necesario asumir el pensamiento crítico-reflexivo que asegura el bienestar social de la cultura venezolana.

La amplia geografía venezolana, reclama la actitud solidaria de la escritura, donde la voz se colectivice para dar sentido a la sociedad, es el modo de orientar al individuo en la plena realización del ejercicio moral, para sustituir el miedo y el conformismo, por la reflexión y la participación. La escritura se convierte en un pensamiento vivo que conserva la memoria del pasado actualizándola mediante la lectura, entonces, el texto adquiere vida al entrar en contacto con el lector, logrando su capacidad generativa a través de la interpretación.

De los conejos hipnotizados al país de lotófagos

En la historia cotidiana de la cultura venezolana, camina la esperanza de un pensamiento que cobra vida con cada lectura. Es la expresión equilibrada que guarda un estudio minucioso sobre los problemas que han venido arrojando a la sociedad. La intensidad de la expresión y la crítica-reflexiva muestran un profundo arraigamiento al espacio efectivizado, que le permite emerger desde sus propias raíces para mostrar al mundo la posición humanista y el carácter nacionalista que da sentido a la vida humana. *La hora undécima* y *País de lotófagos*, es el estudio en el cual están marcados los signos culturales que caracterizan el funcionamiento de toda

sociedad, en dichos textos encontramos la reflexión sobre los problemas de un pueblo, y el carácter significativo de los valores como modelos dominantes para dirigir la conciencia colectiva.

A partir de la reflexión y el conocimiento de la historia venezolana, ambos autores abordan en los distintos periodos, ideas que dan sentido e importancia a los valores morales como único medio para dar un verdadero funcionamiento a la sociedad. De esta manera afirma Briceño-Iragorry:

Con mirar el mundo de fuera y examinar el mundo de los propios valores, encontramos a nuestra disposición el legado precioso que fabricaron aquellos que nos antecedieron en el orden de la Historia y cuya superación es imperativo que orienta nuestro destino social (1999, p.226).

Mirar al pasado es uno de nuestros deberes sociales, en tanto que el presente está precedido por el pasado e históricamente somos un legado de él. La cultura guarda en su memoria el valor de su antepasado para conservarla del olvido. Pero lamentablemente la sociedad está viviendo el día sin estar al día, los valores que marcan el deber social están siendo arrojados por la lapidaria condición materialista, que termina desvalorizando la propia vida humana.

Después de la independencia hemos perdido el valor de libertad que mantuvo despierta la acción de Bolívar, hasta hoy la sociedad se encuentra desorientada de sus deberes morales, pareciera que sobre Bolívar hubiera recaído toda la carga moral del país. Muchos de los hombres por no decir que todos han sido como dice Briceño-Iragorry conejos hipnotizados que avanzan a gran escala la historia de delpinismo, vergonzosa actitud para quienes hemos tenido las bases necesarias que dan cimiento a la sociedad.

El sentimiento de autosuficiencia y el ego de haber nacido en el país que vio nacer a Bolívar, mantiene el espíritu hinchado de un orgullo hipócrita porque no permite corregir

esa actitud egoísta que rompe todo vínculo con los próceres e intelectuales de la patria. El beneficio sólo ha sido la hidrocarburada y el manejo de las estadísticas económicas, y para la mayoría de los llamados ciudadanos los valores de dignidad y solidaridad quedan adormecidos porque son prenda difícil de mantener. “Alguien pudo escribir la historia de un país llamado mientras tanto” (Miliani, 1992, p.15). Así lo afirma Domingo Miliani para dar carácter a la condición humana que mantiene la soberanía en manos del azar, irresponsabilidad para conducir a la sociedad al desfalque cultural, pero responsabilidad para asumir el provecho de los bienes materiales como lo es el petróleo.

Desearían Bolívar, Briceño-Iragorry, Domingo Miliani y otros intelectuales, que la riqueza petrolera de Venezuela fuera sustituida por la riqueza intelectual de grandes pensadores; acabarían las universidades y bibliotecas llenas tanto de libros como de hombres destinados a la tarea investigativa. Vendrían los grandes intelectuales del exterior como facilitadores a orientar la gran labor intelectual. Venezuela sería entonces un país tanto agrícola como intelectual, en el cual continuaría tanto el cultivo de la tierra como el cuidado de la palabra.

La cultura venezolana presenta una agrietada posición que libera los más oscuros sentimientos, destrozando los valores humanos para edificar sobre ellos los beneficios personales que terminan absolviendo la propia personalidad. El hombre como individuo, ciudadano y ente cultural, está bajo los preceptos morales que dirigen tanto la interioridad del ser como la exterioridad circundante, en ella radica el valor altruista de solidaridad y respeto que da carácter al hombre ante la sociedad.

Afirma Briceño-Iragorry que “sobre lo positivo de los hombres ejemplares se hace fácil edificar una teoría que adoctrina al pueblo para el cumplimiento de sus grandes deberes (1999, p.189). Lo positivo es la actitud honorable marcada mediante

las acciones y pensamientos que se muestran en la exterioridad. Constituye la doctrina Briceñiana una idea humanista que trasciende los laureles de la vida para perpetuarse en el tiempo, y dirigir la conducta humana hacia la plena realización del ejercicio moral.

Sobre el gran círculo cultural, se refleja la humana expresión que busca el constante retorno hacia el pasado, “Por cuanto el pasado fue un antiguo futuro y el futuro es un pasado para después” (Briceño, 1999, p.211). Dicha correlación reclama la esencia del presente como una realidad inmediata precedida por lo antiguo, y constituida ante lo nuevo. En este sentido, los supuestos anteriores representan para el ser el conocimiento de sus propias raíces, donde se edifican los más supremos ideales que dan significatividad al hecho social y al individuo como parte de la cultura.

La cultura venezolana, cultivó un espíritu conservacionista que mantiene los ideales de la independencia bajo el decoro y la conmemoración, rompiendo con la verdadera esencia de ese pasado hasta desacralizarlo y convertirlo en un festín cronológico que desequilibra la estabilidad nacional. “Este ha sido el lado recurrente y dominante, el rasgo de una cultura que experimente la celebración como una ecuación del olvido de la memoria del otro” (Barreto, 2012, p.91). Donde los principios morales de la patria se encuentran al deslinde y terminan destruyéndolo quienes se acercan al lucro vulgar para comprometer la estabilidad política, económica, social e histórica de nuestro nación.

En país de lotófagos, Domingo Miliani realiza una concatenación simbólica, entre el término lotófagos, Loto y lotofagia, para describir la condición que vive la cultura venezolana. El loto significa “apostar todo al todo” dejando cualquier situación en manos del azar, mientras que la lotofagia es la posición hipnotizante que asume el individuo ante el juego. Para hacer esta designación nuestro autor utiliza como referencia simbólica la gran parábola homérica donde se introduce la terminología lotófagos.⁵

5 Lotófagos: en el África mitológica existió una secta

Esta investigación representa un estudio sobre la condición política, económica, social y cultural que vive la sociedad venezolana. El azar ha sido la empresa vulgar en la cual está comprometido el destino de la nación. “algún misterioso chamán trajo desde África a nuestra tierra la costumbre de ingerir el manjar de la desmemoria” (Miliani, 1992, p.19). Hecho que anula todo vínculo con el pasado terminando por comprometer los valores morales que rigen todo proceso cultural.

El loto ha sido el nuevo símbolo cultural que sustituyó el amor a la patria y condenó al olvido los intereses del ayer. Son pocos los que pueden librarse de locura frenética de este delicioso manjar. Decía Don Mario “el porvenir del hombre venezolano impone la necesidad de mirar hacia zonas donde la reflexión tenga oportunidad de realizarse” (1999, p.:237). Más no a la condición sumisa que resquebraja el pensamiento y por ende la acción del hombre.

Posteriormente afirma Miliani “la tempestad no demoró mucho en ensombrecer la alegre orgía de los despilfarros” (1992, p.19). En la hora de la desesperación renace un espíritu que acaricia la esperanza de un nuevo amanecer; las actitudes convulsivas del consumismo; y la azarosa condición que asume el individuo para buscar un posicionamiento sin el menor sacrificio, es una de las grandes flaquezas que debilita el desarrollo del proceso; en base a esta condición tan deteriorada surge un pensamiento sólido que entaña la más ardua labor intelectual para mantener despierta la conciencia del colectivo.

El territorio venezolano ha sido cuna de grandes expresiones; de su amplia geografía ha surgido voces que reclaman para ella el valor humano, “No podemos impedir, decía Lutero, que los pájaros vuelen encima de nosotros; pero podemos impedir que coloquen

o comunidad con hábitos alimenticios naturistas. Se les designó lotófagos, porque solo se alimentaban de la dulce flor de las râmneas, vulgarmente conocida con el nombre de loto. (Miliani, 1992:18).

sus nidos sobre nuestras cabezas” (Briceño, 1999 p.223). Es el espíritu de un pueblo que da sentido a la nación por su reacción moral; único antídoto para no acallar el pensamiento y corregir los grandes problemas que comprometen la identidad nacional.

Conservando la esencia de lo nacional y el amor a la patria, Briceño-Iragorry y Domingo Miliani, cultivan la palabra y cuidan la memoria del pasado para permanecer en el tiempo; reconocen ambos autores la necesidad de saberse parte del ayer, para encontrarse nuevamente en el futuro. Hoy en el lecho de la escritura el pensamiento trasciende y se convierte en eco para el mundo.

Mediante este estudio hemos abordado el texto, con un sentido cultural que traspasa los límites del tiempo para convertirse indefinidamente en una memoria viva. El texto es un cuerpo que se mueve en la cultura para explicar/comprender los signos sociales que la descifran y definen como espacio semiótico.

Referencias bibliográficas:

- Barreto, J. (2012). *Escritos desde la Orilla*. Fondo Editorial “Domingo Miliani. Mérida Venezuela.
- Barreto, J. (2010). *Comunicación Paradójica entre novela y cultura en Ídolos Rotos. Una mediación semiótica y hermenéutica*. Tesis doctoral. Universidad del Zulia. Maracaibo.
- Briceño, M. (1999). *Mario Briceño-Iragorry y otros Ensayos*. Biblioteca Ayacucho. Caracas Venezuela.
- Briceño, J. (2012). *Análisis de la cultura latinoamericana como espacio de representación Liberalista-Romántica a partir de los textos de Leopoldo Zea*. Trabajo de grado Universidad de los Andes N.U.R.R. Trujillo.
- Hernández, L. (1993). *Mario Briceño Iragorry Artesano de la Escritura*. Consejo de Publicaciones-ULA Fundación Mario Briceño Iragorry. Mérida Venezuela.
- Liscano, J. (1995). *Espiritualidad y literatura y otros ensayos*. Monte Ávila Editores Latinoamericanos. Caracas Venezuela.
- Lotman, I. (1996). *Semiosfera I. semiótica de la cultura y del texto* (selección y traducción del ruso de Desiderio Navarro). Editorial Cátedra. S.A, Madrid.
- Lotman, I. (1998). *Semiosfera II. Semiótica de la cultura, del texto de la conducta y del espacio*. (selección y traducción del ruso de Desiderio Navarro). Editorial Cátedra. S.A, Madrid.
- Miliani, D. (1992). *País de Lotófagos*. Academia Nacional de la Historia. Caracas Venezuela.
- Miliani, D. (1988). *Primer Simposio de Literatura Trujillana: Memoria*. Ediciones Itaca-Colección Documentos N° 1, p. 26-29. Trujillo Venezuela.
- Miliani, D. (2003). *Entre Montañas y Recuerdos*. Fondo Editorial Arturo Cardozo. Trujillo Ve Miliani, Domingo. (1988). *Primer Simposio de Literatura Trujillana: Memoria*. Ediciones Itaca-Colección Documentos N° 1, p. 26-29. Trujillo Venezuela.
- Ricoeur, P. (1994). *Ética y Cultura*. Editorial docencia. Buenos Aires.
- Ricoeur, P. (1995^a). *Tiempo y Narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico*. (Traducción al español de Agustín Neira) Siglo XXI. México.
- Ricoeur, P. (1996b). *Tiempo y Narración III. El tiempo narrado*. (Traducción al español de Agustín Neira). Ediciones Cristiandad. Meéxico.
- Ricoeur, P. (2001). *Del Texto a la acción*. Fondo de Cultura Económica. Barcelona.

Rubio Bastidas, Yesica Andreina

Mirada sobre la cultura: un diálogo entre Mario Briceño-Iragorry y Domingo Miliani

Valdés, M. (1998). *Con Paul Ricoeur: indagaciones hermenéuticas*. Monte Ávila Editores Latinoamericanos. Caracas Venezuela.